

Delincuencia juvenil y valores subterráneos¹

Subterranean values and juvenile delinquency

Recibido: 23/04/2014

Aceptado: 25/05/2014

David Matza

Universidad de California, Estados Unidos

Gresham Sykes

Colegio Dartmouth, Estados Unidos

Las explicaciones actuales de la delincuencia juvenil pueden ser divididas, a grandes rasgos, en dos tipos principales. Por un lado, la delincuencia juvenil es vista como producto de alteraciones personales o conflictos emocionales dentro del individuo; por otro lado, la delincuencia es vista como resultado de personalidades relativamente normales expuestas a ambientes sociales “perturbados”, particularmente en la forma de subculturas desviadas en las cuales el individuo aprende a delinquir, como otros aprenden a actuar conforme al derecho. El conflicto teórico entre estas dos posiciones ha sido intensificado, desafortunadamente, por el hecho de que el orgullo profesional de psicólogos y sociólogos hace que definan este conflicto como un conflicto entre disciplinas, refugiándose en sus respectivos estandartes académicos.

A pesar de los desacuerdos entre estos dos puntos de vista, una concepción es apta para obtener el apoyo común. El delincuente, se afirma, es desviado; no solo su comportamiento es contrario al derecho, sino que sus normas, actitudes y valores subyacentes son también opuestos a los del orden social dominante. Y el orden social dominante, muy a menudo, resulta ser el mundo de la clase media.

Hemos sugerido en un artículo previo, que esta concepción de un antagonismo entre los delincuentes y el resto de la sociedad puede estar equivocada (Matza y Sykes, 1957:664–670). Muchos delincuentes, argumentamos, están esencialmente de acuerdo con la sociedad más amplia, al menos en relación con la evaluación del comportamiento delictivo como “malo”. En lugar de oponerse a las ideas convencionales acerca del buen comportamiento, es probable que el delincuente adhiera en su creencia a las normas dominantes, pero que las torne inefectivas en la práctica adoptando diversas actitudes y percepciones que sirven para neutralizar el control de las normas sobre su

1 Publicado originalmente como David, M. y Gresham, S.: “Juvenil Delinquency and Subterranean Values”, *American Sociological Review*, 1971, vol. 26, n° 5, 712-719. Traducción al castellano de Constanza Lavoz (Universidad Nacional del Comahue, Argentina).

comportamiento. Las “Técnicas de Neutralización”, tales como la negación de la responsabilidad o la definición del daño como una venganza justa, libera al individuo en gran medida del control social.

Este enfoque de la delincuencia centra su atención en cómo un impulso para participar en una conducta delictiva se traduce en acción. Pero deja sin responder una pregunta importante: ¿qué hace a la delincuencia atractiva en primer lugar? Incluso si se acepta que las técnicas de neutralización u otras formas similares de evasión de los controles sociales allanan el camino a la delincuencia manifiesta, queda el problema de los valores o fines que subyacen a la delincuencia y la relación de estos valores con aquellos de la sociedad más amplia. En pocas palabras, este artículo sostiene que (a) los valores detrás de buena parte de la delincuencia juvenil son mucho menos desviados de lo que se los describe comúnmente; y (b) la imagen defectuosa se debe a una grosera sobresimplificación del sistema de valores de la clase media.

Los valores de la delincuencia

Hay muchas presentaciones muy perspicaces que describen el comportamiento de los delincuentes juveniles y sus valores subyacentes usando métodos que van desde la observación participante hasta exámenes proyectivos. A pesar de que existen algunas diferencias importantes de opinión en la interpretación de este material, hay en realidad un sorprendente consenso. Muchas divisiones y subdivisiones son posibles, naturalmente, en la clasificación de estos patrones de comportamiento y de los valores en los cuales están basados, pero son tres los temas principales que emergen con marcada regularidad.

Primero, muchos observadores han notado que los delincuentes están profundamente inmersos en una intensa búsqueda de emociones, excitación o golpes de adrenalina. Muchos de los delincuentes admiran el estilo de vida aventurero. Las actividades atravesadas por la audacia y cargadas de peligro son muy valoradas en comparación con los patrones de comportamiento mundanos y rutinarios. Esta búsqueda de excitación no resulta satisfecha fácilmente con actividades legítimas tales como la recreación organizada, como Tappan ha señalado. El hecho de que una actividad involucre la ruptura de la ley es precisamente lo que a menudo le infunde un aire de excitación (Tappan, 1949:148–154). En realidad, la excitación o los golpes de adrenalina pueden ser definidos como “cualquier acto tabú, que realza e intensifica el momento presente de la experiencia y la diferencia tanto como sea posible de las rutinas monótonas de la vida cotidiana” (Finestone, 1957:3–13). De cualquier manera, la el modo de vida delincuente es frecuentemente una forma de vida plagada de hazañas aventureras que son valoradas por la estimulación que provocan.

Debería ser notado que al aproximarse al peligro físico, experimentar con lo prohibido, provocar a las autoridades, etc., el delincuente no está simplemente padeciendo los peligros; él está también creando peligros, en un intento deliberado de conseguir excitación. Como Miller ha observado, por ejemplo, en su estudio de Roxbury,

para muchos delincuentes “el ritmo de vida fluctúa entre períodos de relativa rutina y actividades repetitivas y la búsqueda de situaciones de mayor estímulo emocional” (Miller, 1959, 5–19). La excitación que fluye de las peleas entre bandas, las picadas de automóviles o el uso de drogas no es meramente un subproducto incidental, sino que sirve como una fuerza motivadora principal.

En segundo lugar, los delincuentes juveniles muestran comúnmente un desdén por incorporarse en el ámbito laboral. Las metas ocupacionales que involucran empleo estable o ascensos progresivos suelen faltar, y en su lugar encontramos una especie de deriva sin rumbo o sueños grandiosos de éxito rápido. Ahora, se necesita una profunda fe en las máximas de Benjamín Franklin —o una cierta ingenuidad, quizás— para creer que el trabajo duro en los rangos más bajos de la jerarquía ocupacional es un camino seguro hacia el logro material. Se describe típicamente al delincuente como alguien que elige otro camino, racional o irracionalmente. El uso de la manipulación y de artimañas, que pueden tomar la forma de pedir préstamos a los trabajadores sociales o de modalidades más elaboradas de engaño, un énfasis en las influencias, frecuentemente con referencia a la obtención de un trabajo liviano, que se presume disponible sólo para aquellos que cuentan con conexiones influyentes: todos son vistos como métodos para explotar el ambiente social sin trabajo monótono, y le se otorga un alto valor. La simple expropiación debería estar incluida, por supuesto, en la forma de hurtos, robos y demás; pero es solamente una dentro de una variedad de formas de “anotar”, y no necesariamente acarrea gran prestigio a la vista de los delincuentes. En efecto, hay alguna evidencia de que entre ciertos delincuentes el robo y el hurto pueden en realidad ser menospreciados por indicar falta de ingenio o destreza. Una vida descansada, basada en el proxenetismo o en las apuestas puede ser un objetivo mucho más admirable (Finestone, 1957:3–13). En cualquier caso, el delincuente está frecuentemente convencido de que solo los perdedores trabajan y él evita, si puede, el régimen de la fábrica, el comercio y la oficina.

Algunos autores han asociado el desdén del delincuente por el trabajo con el desdén por el dinero. Mucha actividad delictiva, se dice, no es de carácter utilitario y el delincuente repudia las aspiraciones materiales de la sociedad más amplia, protegiéndose así frente a una inevitable frustración. Como Cohen ha señalado, es verdad que los ataques del delincuente contra la propiedad son a menudo una forma de juego, más que un medio orientado a un fin material (Cohen, 1958:5–19). Es también cierto que el delincuente a menudo muestra poca afición por la lenta acumulación de recursos financieros. Sin embargo, en lugar de decir que el delincuente desdén el dinero, parece más apropiado decir que el delincuente está profunda y constantemente preocupado por el problema del dinero, a su manera. El delincuente quiere dinero, probablemente no menos que las personas respetuosas de la ley, pero no con el propósito de realizar una cuidadosa serie de gastos o de cumplir un objetivo de largo plazo. Más bien, el dinero es frecuentemente deseado como algo para ser desperdiciado en gestos de generosidad, en patrones de consumo ostentoso. La rápida adquisición de grandes sumas de dinero es su meta —el gran premio— y empleará medios legales si es posible

y medios ilegales si es necesario. Dado que es probable que los medios legales sean considerados ineficaces, está lejos de ser casual que la inteligencia sea una característica tan importante de la visión de la vida del delincuente: “La inteligencia involucra la capacidad de ser más astuto, más listo, burlar, engañar” (Miller, 1959, 5–19).

Un tercer tema que recorre las presentaciones de la delincuencia juvenil está centrado en la agresión. Suele decirse que este punto muestra la alienación del delincuente con respecto al resto de la sociedad. Las agresiones verbales y físicas son un lugar común, y se hacen frecuentes referencias a la hostilidad básica del delincuente, su odio, y su deseo de herir y destruir.

La disposición a la agresión del delincuente es particularmente enfatizada en el análisis de las bandas juveniles situadas en los barrios bajos de las grandes ciudades. En estas bandas encontramos las luchas territoriales, las palizas y las peleas violentas que constituyen elementos tan distintivos en las descripciones de la delincuencia. Como Cloward y Ohlin han observado, podemos equivocarnos si vemos a estas bandas delinquentes como típicas de todos los delinquentes (Cloward y Ohlin, sin publicar). Y Bloch y Niederhoffer han indicado que muchas de las nociones actuales acerca de las bandas delinquentes están bastante devaluadas y requieren una reevaluación (Bloch y Niederhoffer, 1958). Sin embargo, el uso de la violencia de los delinquentes de las bandas para mantener la reputación, probar su coraje, y demás, parece expresar de un modo extremo la idea de que la agresión es una demostración de dureza y en consecuencia de masculinidad. Esta idea atraviesa buena parte de la actividad delincuente. El concepto de *machismo*, de llegar a la hombría a través de la capacidad para tomar y repartir, es extraño al delincuente promedio solo de nombre.

En resumen, la delincuencia juvenil parece estar impregnada por un conjunto de valores que puede ser caracterizado como la búsqueda de adrenalina, el desdén por el trabajo y el deseo de grandes recompensas y la aceptación de la dureza agresiva como prueba de la masculinidad. Ya sea que estos valores sean vistos como expresiones patológicas de una personalidad distorsionada o como rasgos de una subcultura delincuente, son tomados como indicadores de la desviación del delincuente con respecto a la sociedad dominante. El delincuente, se dice, está apartado de la sociedad dominante no solo en términos de su comportamiento ilegal, sino también en términos de sus valores básicos.

Delincuencia y ocio

La naturaleza desviada de los valores del delincuente puede pasar como incuestionada a primera vista. Pero cuando examinamos estos valores un poco más detenidamente, nos sorprende su similitud con los componentes del código del “caballero del ocio” descrito por Thorstein Veblen. El énfasis en los desafíos y la aventura; el rechazo a la prosaica disciplina del trabajo; el gusto por el lujo y el consumo conspicuo; y el

respeto debido a la masculinidad demostrada a través de la fuerza —todos encuentran un prototipo en la imagen sardónica de la élite ociosa. Lo que *no* es familiar es el modo de expresión de estos valores, es decir, la delincuencia. La calidad de los valores es oscurecida por su contexto. Cuando la “osadía” se expresa en actos de adolescentes dirigidos en contra de figuras adultas de autoridad aceptada, solo podemos ver la provocación de la autoridad y no la valentía que puede estar involucrada. Sospechamos que si la delincuencia juvenil fuese altamente valorada por la sociedad dominante —como es el caso, digamos, de la desviación de los prisioneros de guerra o de combatientes de la resistencia rebelándose contra las reglas de sus opresores— la interpretación de la naturaleza de la delincuencia y del delincuente podría ser muy diferente.²

En cualquier caso, los valores de la clase ociosa parecen estar detrás de buena parte de la actividad delincuente, más allá de que su expresión pueda ser definida como brutalizada o pervertida por el orden social dominante. De manera muy interesante, el mismo Veblen vio la similitud entre el hombre adinerado, la personificación de la clase ociosa, y el delincuente. “El hombre adinerado ideal es como el delincuente ideal”, dijo Veblen, “en su inescrupulosa conversión de bienes y servicios para sus propios fines, y en un cruel desprecio por los sentimientos y deseos de los otros y de los efectos remotos de sus acciones” (Veblen, 1934:237–238). Para Veblen, esta comparación no fue probablemente más que un ataque a la irresponsabilidad y pretensiones de los poderosos de la sociedad industrial. Y está lejos de ser claro lo que Veblen quiere decir por delincuencia. No obstante, su mordaz comparación apunta a una idea importante. Hemos asumido demasiado fácilmente que el delincuente es desviado en sus valores, opuesto a la mayoría de la sociedad. En parte, esto se debe al hecho de que hemos asumido una visión excesivamente simplificada del sistema de valores de aquellos que supuestamente cumplen con la ley. En nuestra premura por crear un estándar a partir del cual la desviación pueda ser medida, hemos reducido el sistema de valores de toda la sociedad al sistema de valores de la clase media. Hemos ignorado tanto el dato de que la sociedad no está compuesta exclusivamente por la clase media como el hecho de que la clase media en sí misma está lejos de ser homogénea.³

2 Los comentarios de Merton sobre las virtudes “dentro del grupo” y los vicios de “fuera del grupo” son particularmente alemanas. La alquimia moral citada por Merton podría parafrasearse para ser leída:

Me atrevo
Tu eres imprudente
Él es delincuente.

3 La mayoría de los análisis sociológicos actuales del sistema de valores de las diferentes clases sociales parecería estar basada en un modelo que está cerca de alcanzar un retrato fuera de moderación de raza. Como los grupos raciales fueron una vez vistos como agrupamiento de rasgos físicos con la no superposición de rasgos de un grupo al siguiente (por ejemplo, los caucásicos tienen pelo lacio, de tez clara, etc., mientras que los negros tienen pelo rizado, tez oscura, etc.), ahora el sistema de valores de las clases sociales están aptos para ser vistos como una agrupación distinta de valores específicos los cuales son únicos para la clase social en la cual son encontrados. El modelo del sistema de valores de las diferentes clases sociales que estamos usando en este artículo está más cercano de aliarse con

En realidad, naturalmente, el sistema de valores de cualquier sociedad es excesivamente complejo y no podemos resolver nuestros problemas en el análisis de la desviación tomando como referencia simplificaciones que no existen en la realidad. No sólo las distintas clases sociales difieren en sus valores, sino que también existen variaciones dentro de las clases sociales basadas en los orígenes étnicos, la movilidad ascendente y descendente, la región, la edad, etc. Quizás incluso más importante, sin embargo, es la existencia de valores subterráneos —es decir, valores que están en conflicto o en competencia con otros que son sostenidos profundamente pero que también son reconocidos y aceptados por mucha gente (Lynd, 1948). Es crucial notar que estas contradicciones en los valores no son necesariamente puntos de vista opuestos de dos grupos diferentes. También pueden existir en un solo individuo y dar lugar a profundos sentimientos de ambivalencia en muchas áreas de la vida. En este sentido, los valores subterráneos se asemejan a la moral privada como opuesta a la moral pública. Existen valores que el individuo sostiene y en los que cree pero que se reconoce que no son demasiado *comme il faut*. La tarea más sencilla del análisis es llamar a esos valores desviados y acusar al individuo de manera hipócrita cuando actúa conforme a ellos. No obstante, la realidad social es algo más intrincada que eso y no podemos tomar el mundo en blanco y negro de las lecturas de McGuffey como un modelo exacto de los valores por los cuales los hombres viven.

Ahora, el valor aventura no provee, ciertamente, los principios organizativos más importantes del orden social dominante en la moderna sociedad industrial. Esto es especialmente así en el mundo laboral donde muchas de las actividades se basan en la burocratización y todo lo que ella implica vinculado a la rutinización, la estandarización, y demás. Pero esto no quiere decir que el elemento aventura sea completamente rechazado por la mayoría de la sociedad o que nunca aparezca en la estructura motivacional de quienes cumplen la ley. En lugar de eso, parecería que la aventura, como las exhibiciones de audacia y la búsqueda de excitación, son aceptables y deseables pero sólo cuando están confinadas a ciertas circunstancias tales como los deportes, la recreación y las vacaciones. Esto último ha sido frecuentemente notado en la observación que las convenciones son generalmente vistas como eventos sociales en los cuales los cánones convencionales de conducta son interpretados con poco rigor. De hecho, la mayoría de las sociedades parecen proveer espacio para las Saturnales de una forma u otra, una especie de anomia periódica en la cual la búsqueda de excitación es permitida.

En otras palabras, el ciudadano de clase media puede parecer estar a años luz del delincuente en la búsqueda de “emociones”, pero ambos reconocen y comparten la idea de que vale la pena perseguir las “emociones” y mayormente con la misma connotación de hacer lo que se desea y no lo que se espera que uno haga, de oponer “di-

el tratamiento de razas actualmente usado en la antropología, por ejemplo en la distribución de frecuencias. La mayoría de los valores aparecen en la mayoría de las clases sociales; las clases sociales difieren, sin embargo, en la frecuencia en la que los valores aparecen.

versión” a rutina. En la medida en que los miembros de la clase media —y de otras clases— buscan sus “golpes” de adrenalina en las apuestas, los clubes nocturnos, las grandes noches en la ciudad, etc., no podemos ignorar su utilización del ocio ni afirmar que está basada en un valor marcadamente desviado. Los valores de la clase ociosa tiñen cada vez más las actividades de los individuos en la sociedad dominante, aunque deben limitar su expresión más agudamente de lo que hace el delincuente. La búsqueda de aventura, excitación y emociones, entonces, es un valor subterráneo que convive con los valores de seguridad, rutina y el descanso. No es un valor desviado, en ningún sentido, pero debe mantenerse en suspenso hasta el momento apropiado y las circunstancias correctas para expresarlo. Es obvio que está involucrado algo más que el sentido que el delincuente tiene acerca de lo apropiado, pero también es cierto que, en muchos casos, el delincuente sufre de un mal manejo del tiempo.

Del mismo modo, caracterizar a la sociedad dominante como apegada plenamente e incuestionablemente a las virtudes del trabajo duro y el ahorro cuidadoso es distorsionar la realidad. Nociones como la de “influencias” y trabajo liviano están lejos de ser excepcionales y el individuo que sostiene esos valores no puede ser empujado más allá de los límites solo porque algunos sociólogos han encontrado conveniente erigir una concepción simplificada de los valores del trabajo en la sociedad. De acuerdo con Chinnoy y Bell, y un gran número de otros autores, las condiciones del trabajo en la sociedad moderna han quebrado concepciones anteriores del trabajo como vocación y hay fuertes presiones para definir al trabajo como un lugar donde se gana dinero tan rápido y con el menor sufrimiento como sea posible. Si el delincuente lleva esta idea más allá de lo que cualquier miembro de la sociedad estaría dispuesto a hacer, él no necesariamente entra a una nueva esfera de valores. En la misma línea puede argumentarse que el apego del delincuente al consumo conspicuo difícilmente lo hace un extraño en la sociedad dominante. Así como el “pronosticador interno” de Riesman, el “hombre organización” de Whyte, y el “técnico” de Mills suenan más auténticos en muchos sentidos que la obsoleta imagen Weberiana, la imagen del delincuente como un derrochador parece más válida que la de un adolescente que ha renunciado a sus aspiraciones materiales. El delincuente, proponemos, está mucho más en sintonía con sus tiempos. Quizás es demasiado extremo afirmar con Lowenthal (Lowenthal, 1957) que “los ídolos del trabajo han sido reemplazados por los ídolos del ocio”, pero es incuestionable que estamos siendo testigos de un compromiso entre la Ética Protestante y una Ética del Ocio. El delincuente se ajusta a la sociedad, en lugar de desviarse de ella, cuando incorpora al “gran dinero” en su sistema de valores (Davis, 1944:282–286).

Finalmente, haríamos bien en cuestionar las visiones prevalecientes acerca de las actitudes de la sociedad hacia la violencia y la agresión. Podría decirse, por un lado, que la sociedad dominante exhibe un difundido gusto por la violencia, dado que las ficciones violentas en libros, revistas, películas y televisión están disponibles por todos lados. El delincuente simplemente traduce en comportamiento aquellos valores que la mayoría no expresa usualmente por timidez. Además, los detractores de la violencia son sospechosos no simplemente porque las ficciones sobre la violencia son

ampliamente consumidas, sino también por el uso real de la agresión y la violencia en la guerra, los disturbios raciales, los conflictos industriales y el trato que reciben los delincuentes por parte de la policía. Existen numerosos ejemplos de la aceptación de la agresión y la violencia por parte del orden social dominante.

Quizás sea más importante, sin embargo, reconocer que la idea crucial de la agresión como prueba de dureza y masculinidad está ampliamente aceptada en el sistema social. La capacidad de recibir y responder, de defender los propios derechos y la reputación con fuerza, de probar la masculinidad a través del coraje y la dureza física están todas muy extendidas en la cultura estadounidense. Esto no puede ser desestimado señalando como igualmente válido el hecho de que mucha gente diga que “los niños buenos no pelean”. El uso de agresión para demostrar la masculinidad está, por supuesto, restringido por numerosas prohibiciones en contra de la instigación a la violencia, la pelea “sucía”, el acoso escolar, entre otros. Aun si las demostraciones de violencia son cuidadosamente resguardadas para niños y adultos en nuestra sociedad, hay un apoyo persistente para la agresión que se manifiesta en las connotaciones negativas de etiquetas como las de “cobarde” o “maricón”. (Bandura y Walters, 1959).

En síntesis, estamos argumentando que el delincuente puede no ser un extraño en el cuerpo de la sociedad sino que, en su lugar, representa un reflejo perturbador o una caricatura. Su vocabulario es diferente, seguro, pero los golpes de adrenalina, pasar el tiempo a lo grande y la reputación tienen homólogos inmediatos en el sistema de valores de aquellos que cumplen con la ley. El delincuente ha seleccionado y enfatizado una parte del sistema dominante de valores, concretamente, los valores subterráneos que coexisten con otros valores proclamados públicamente que poseen un aire más respetable. Estos valores subterráneos, similares en muchos aspectos a los valores que Veblen adjudica a la clase ociosa, vinculan al delincuente con la sociedad cuyas leyes viola. Y sospechamos que esta comunión de valores, este lazo con el orden social, facilita la frecuentemente observada “reforma” de los delincuentes cuando alcanzan el estatus de adultos (Ver también McCord, W., McCord, J. y Zola, 1959). A la objeción de que gran parte del comportamiento juvenil, más que simplemente el comportamiento delictivo, podría analizarse como una extensión del mundo adulto más que como un producto de una subcultura adolescente distintiva, sólo podemos responder que esa es precisamente nuestra tesis.

Delincuencia y clase social

La persistencia del supuesto que sugiere que el delincuente juvenil debe desviarse de quienes obedecen la ley en sus valores tanto como en su comportamiento puede ser explicada en parte, sospechamos, por los numerosos estudios que han indicado que los delincuentes están desproporcionalmente representados en las clases más bajas. En años anteriores no era demasiado difícil creer que las clases sociales más bajas estaban separadas de las clases sociales superiores en la mayoría de los atributos, in-

cluida la “inmoralidad”, y que esta corrupción era la que producía el comportamiento delictivo. Autores más recientes han evitado este error tranquilizador pero, sosteniendo todavía la creencia de que la delincuencia es un fenómeno predominantemente de la clase baja, han continuado buscando características peculiares de ciertos segmentos de la clase baja que podrían crear valores en desacuerdo con los del resto de la sociedad y que fomentarían la delincuencia.

Algunos criminólogos, sin embargo, han expresado largamente sus dudas acerca de la validez de las estadísticas sobre la delincuencia y han sugerido que si toda la información estuviera disponible se descubriría que la tasa de delincuencia de las clases bajas y la de las clases que están por encima de ellas son menos divergentes de lo que parecen ahora (Barron, 1954). El trato preferencial que reciben por parte de la policía y de la justicia así como los mejores y más variados medios para manejar al ofensor, pueden habernos llevado a subestimar seriamente la medida en la que delincuencia juvenil surge dentro de los eufemísticamente denominados “hogares relativamente privilegiados”.

Dado el estado actual de los datos en este campo, es probablemente imposible llegar a alguna conclusión firme sobre este tema. Sin embargo, una cosa parece estar bastante clara: la delincuencia juvenil está presente frecuentemente en las clases medias y altas y estudios recientes muestran más delincuencia en estos grupos de lo que han mostrado otros trabajos en el pasado. Podemos interpretar esto como muestra de que nuestros métodos de investigación han mejorado o de que la delincuencia de “cuello blanco” ha aumentado —o posiblemente de ambos fenómenos. Pero en cualquier caso, la existencia de la delincuencia juvenil en las clases medias y altas plantea un serio problema para las teorías que se basan en la privación de estatus, la desorganización social y variables de explicación similares. Una solución ha sido cambiar de caballos en medio del sistema de estratificación, por decirlo de alguna manera, pasando del ambiente social a las alteraciones en la personalidad como factor causal a medida que se asciende en la escala social. Futuras investigaciones pueden probar que este cambio es necesario. Debido a que la delincuencia juvenil no parece ser un fenómeno unitario, podríamos esperar que ningún enfoque teórico resulte adecuado. Hablar de delincuencia juvenil en general, como hemos hecho en este artículo, no debe oscurecer el hecho de que hay diferentes tipos de delincuencia y que las diferencias no pueden ser ignoradas. Sin embargo, parece digna de ser sostenida la idea de que algunas formas de delincuencia juvenil —y posiblemente las más frecuentes— tienen una base sociológica común independientemente del nivel de clase en el que aparezcan.

Una de esas bases es ofrecida, creemos, por nuestro argumento de que los valores que descansan detrás de gran parte del comportamiento delincuente son los valores de la clase ociosa. Todos los adolescentes de todos los niveles de clase son en alguna medida miembros de una clase ociosa, debido a que se mueven en un limbo entre la temprana dominación parental y la futura integración a la estructura social a través de los lazos del trabajo y el matrimonio (ver también Wooton, 1959). El suyo es un ocio anticipado, es cierto, un periodo de libertad con respecto a las exigencias de autosustento que les da espacio para que la educación les permita entrar en el mundo de trabajo.

De este modo, disfrutan de un ocio temporal por precariedad más que en virtud de un derecho aristocrático permanente. Sin embargo, el estatus ocioso de los adolescentes, aun cuando puede verse modificado por la disciplina de la escuela y la falta de riqueza, los coloca en relación con la estructura social similar a la de una elite que consume sin producir. En esta situación puede florecer el desdén por el trabajo, el énfasis en las cualidades personales más que en las habilidades técnicas y un acento en la forma y la medida del consumo. En la medida en que, entonces, estos valores subyacen a la delincuencia, podríamos esperar que el comportamiento delictivo prevalezca entre todos los adolescentes más que circunscribirse sólo a los de las clases bajas.

Conclusión

Esta teoría sobre el papel del ocio en la delincuencia juvenil deja sin resolver, por supuesto, una serie de problemas. En primer lugar, la pregunta de por qué algunos adolescentes convierten los valores subterráneos en un comportamiento seriamente desviado mientras que otros no lo hacen. Aunque demos por sentado que muchos adolescentes son mucho más desviados en su comportamiento de lo que indican los registros oficiales, está claro que existen diferentes grados y tipos de delincuencia. Esta variación no puede ser explicada simplemente en función de su exposición al ocio. Es posible que los valores ociosos se conviertan típicamente en comportamiento delictivo cuando están acompañados de frustraciones y resentimiento. (Esto implica más que sufrir privaciones en términos socioeconómicos.) Si esto es así, si el delincuente es una especie de deportista resentido, ni el ocio o la privación serán suficientes en sí mismos como variable explicativa. Esto parecería estar de acuerdo con las observaciones empíricas actuales en este campo. En segundo lugar, necesitamos saber bastante más sobre la distribución del ocio entre los adolescentes y su impacto en su sistema de valores. Hemos asumido que los adolescentes están generalmente ociosos, es decir, libres de demandas de las exigencias del autosustento, pero la deserción escolar, la conversión de la escuela en una preparación larga y fuertemente disciplinada para una carrera laboral y las posibilidades para el ocio más allá de la mera inactividad tendrán, probablemente, sus efectos. Creemos que dos variables son de vital importancia en esta área: (a) el grado de identificación con los símbolos adultos del trabajo, tales como el padre; y (b) la medida en la cual la escuela es vista como proveedora de roles para aumentar el ego, ahora y en el futuro, más que como una opresiva y lúgubre marca del tiempo.

Sostenemos en conclusión que la explicación de la delincuencia juvenil puede clarificarse si exploramos las similitudes del delincuente con la sociedad que lo produce más que sus diferencias. Si sus valores son los valores subterráneos de una sociedad que cada vez enfatiza más el ocio, podemos arrojar nueva luz sobre el comentario de Taft acerca de que los valores básicos de nuestra cultura son aceptados tanto por el delincuente como por la sociedad más amplia de la que él es una parte (Taft, 1950).

Bibliografía

- Bandura, A. y Haig, W. R.:** *Adolescent Aggression*, Ronald Press, New York, 1959.
- Barron, M. L.:** *The Juvenile in Delinquent Society*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1954.
- Bell, D.:** *Work and Its Discontents*, Beacon Press, Boston, 1956.
- Bloch, H. A. y Neiderhoffer, A.:** *The Gang*, Philosophical Library, New York, 1958.
- Chinoy, E.:** *Automobile Workers and the American Dream*, Garden City, Nueva York, 1955.
- Cohen, A.:** *Delinquent Boys: The Culture of the Gang*, III: The Free Press, Glencoe, 1955.
- Cohen, A. y Short, J. F.:** "Research in Delinquent Subcultures," *Journal of Social Issues*, 1958, n° 14, 5–19.
- Cloward, R. y Ohlin, L.:** *New Perspectives on Juvenile Delinquency*, manuscrito no publicado.
- David, M. y Gresham, S.:** "Juvenil Delinquency and Subterranean Values", *American Sociological Review*, 1971, vol. 26, n° 5, 712–719.
- Davis, A. K.:** "Veblen on the Declines of the Protestant Ethic", *Social Forces*, 1944, n° 22.
- Denney, R.:** *The Astonished Muse*, University of Chicago Press, Chicago, 1957.
- Finestone, H.:** "Cats, Kicks and Color", *Social Problems*, 1957, n° 5, 3–13.
- Glueck, S. y Glueck, E.:** *Unraveling Juvenile Delinquency*, Commonwealth Fund, New York, 1950.
- Griffith, B.:** *American Me*, Houghton Mifflin, Boston, 1948.
- Jones S. V.:** "The Cougars—Life with a Delinquent Gang", *Harper Magazine*, 1954.
- Kobrin, S.:** "The Conflict of Values in Delinquent Areas", *American Sociological Review*, 1951, n° 16, 653–661.
- Kramer, D. y Karr, M.:** *Teen–Age Gangs*, Henry Holt, New York, 1953.
- Kvaraceus, W. C. y Miller, W. B. (eds.):** *Delinquent Behavior: Culture and the Individual*, National Education Association of the United States, 1959.
- Lowenthal, L.:** "Historical Perspectives of Popular Culture", en Rosenberg, B. y White, D. M., (edit): *Mass Culture: The Popular Arts in America*, III: The Free Press, Glencoe, 1957.
- Lynd, R. S.:** *Knowledge for What*, Princeton University Press, Princeton, 1948.
- McCord, W., McCord, J. y Zola, I. K.:** *Origins of Crime*, 1959, Columbia University Press, New York, 21.
- Merton, R. K.:** *Social Theory and Social Structure*, III: The Free Press, Glencoe, 1957.
- Porterfield, A. L.:** *Youth in Trouble*, Leo Pottishman Foundation, Austin, Tex, 1946.
- Salisbury H. E.:** *The Shook–Up Generation*, Harper and Brothers, New York, 1958.
- Shaw Clifford R. y Moore M.:** *The Natural History of a Delinquent Career*, University of Chicago Press, Chicago, 1931.
- Sykes, G. y Matza, D.:** "Técnicas de Neutralización", *American Sociological Review*, 1957, n° 22, 664–670.
- Taft, D. R.:** *Criminology*, Macmillan, New York, 1950.
- Tappan P.:** *Juvenile Delinquency*, McGraw–Hill, New York, 1949.
- Thrasher F. M.:** *The Gang*, University of Chicago Press, Chicago, 1936.
- Veblen T.:** *The Theory of the Leisure Class*, The Modern Library, 1934.
- Wooton B.:** *Social Science and Social Pathology*, Macmillan, New York, 1959.